MEZA, EL PRECURSOR

POR

REINALDO ARENAS

N. Y. City

Mi tío el empleado (1886), de Ramón Meza, es, además de la mejor novela técnicamente desarrollada del siglo XIX cubano, la única que configura un universo simbólico y, por decirlo así, *paradigmático*, cuyas características, situaciones y personajes han pasado a ser modelos que con diferentes matices, pero con la misma sarcástica desolación y crueldad, podemos observar en la narrativa contemporánea.

Entre los logros técnicos que Meza incorpora a nuestra literatura, merecen citarse, entre otros muchos, el empleo de un narrador omnisciente que súbitamente deja de serlo, tomando la voz de la primera persona del singular, creando así una especial complicidad con el lector, que pasa a la categoría de confesor. Pues ese narrador subjetivo es nada menos que el mismo escritor de la historia. Pero ese escritor no es Ramón Meza, sino que éste, como verdadero maestro del disfraz y, por tanto, de la burla, traslada la responsabilidad del cronista al joven sobrino de Vicente Cuevas, personaje este último extraído de la picaresca española y de la no menos picaresca y sórdida realidad colonial en la que se desenvolvió (por cierto, que con bastante habilidad) el propio Meza. La finalidad de Vicente Cuevas no era la de trabajar y establecerse en la Isla, sino la de saquearla, enriqueciéndose por cualquier medio.

Como un narrador diestro en el uso del golpe de efecto, la metamorfosis de los personajes desempeña aquí un papel fundamental. Metamorfosis que se despliega ante nuestros ojos con un lenguaje directo y con recursos cinematográficos, lo que resulta en verdad insólito si se tiene en cuenta que entonces el cine no existía.

En la segunda parte, la riqueza técnica y el uso recurrente de eficaces símbolos resulta aún más sorprendente. Desaparece el narrador en primera persona y, aparentemente, desaparecen inclusive hasta los personajes que formaban el libro.

Estamos ahora ante el Conde Coveo, grueso y enriquecido aristócrata que pasea su abulia y su voluminoso cuerpo por los lugares más lujosos de La Habana. Pero más adelante podemos constatar que el señor conde no es otro que el mismo Vicente Cuevas, finalmente enriquecido gracias a sus turbios tráficos con los burócratas de la metrópoli. En tanto que el cronista de sus aventuras, aunque ya no lo vemos mezclado en ellas, sigue siendo su sobrino.

Luego de la ruptura con el tiempo lineal, se desarrolla un acertado *flash-back* que nos recupera el pasado justificando el presente... La novela se cierra con los mismos recursos (pre)cinematográficos del principio. El narrador omnisciente vuelve a tomar altura, y ahora describe no el barco que entra en el puerto con dos aventureros ridículos y hambrientos, sino la flamante partida del señor conde con su esposa, Clotilde, y con toda su fortuna. Al mismo tiempo se observa (el narrador tomando cada vez más altura) el paseo del Prado, las calles más importantes de La Habana, una camilla donde yace el cadáver de uno de los pocos personajes honestos de toda la novela, la estatua del dios Neptuno y las puertas de la cárcel, que se cierran luego de haber entrado los prisioneros, en tanto que —y así termina la obra— «la entrada del puerto seguía abierta a tanto bribón que cruzaba por ella».

Para hacer su desarrollo más eficaz, la inteligencia narrativa de Ramón Meza asume en esta novela el tono carnavalesco de una historia contada, además, por un extranjero. Es decir, por alguien que, libre de prejuicios, observa detalladamente.

Por ese carnaval incesante, en el cual la palabra *balumba* es la piedra de toque, desfila la crítica social (especialmente la corrupción de la burocracia colonial en Cuba) y una crítica a la visión turística y románticoide de la realidad latinoamericana. En ese grotesco desfile vamos también de la ironía al sarcasmo, de la parodia al recuento picaresco, de la visión onírica al rasgo impresionista, del absurdo prekafkiano a la alucinación babélica y a la visión terrible de la realidad, donde sólo impera y triunfa la espiral desmedida del dinero. Universo tan deshumanizado que en muy poco se diferencia del actual.

Queda lo de siempre: la confusión, los patéticos escarceos, la impávida miseria, el crimen impune y bien remunerado. Todo eso pasando y volviendo a pasar ante la esfinge de un dios a quien no parece conmovér el dolor humano. Pero queda también un libro extraordinario, retrato grotesco y

por lo mismo exacto, de nuestra perenne realidad insular. Novela que, al decir de Martí, «es una mueca hecha con los labios ensangrentados. Un teatro de títeres, de títeres fúnebres...»

Y esos títeres —nosotros mismos— parecen estar condenados a gesticular por toda la eternidad.